

JUNTA PARA EL FOMENTO DE LA SEMANA SANTA

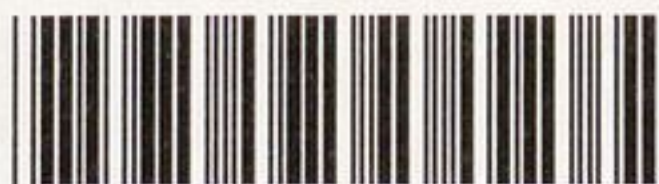


por

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

FA - C.1-19

Biblioteca del Archivo



1323393

FA - C.1-19

IMPRESOS GERPER • HEROES DE TERUEL, 4 • VALLADOLID





PREGON DE LA SEMANA SANTA DE VALLADOLID

1949



DESDE hace algún tiempo, Valladolid vive pendiente de su Semana Santa durante todo el año, hasta el punto de constituir este ciclo el más importante repertorio de festividades, no ya en el aspecto religioso y sublime de su significado, sino en el aspecto meramente humano de fiestas características y definidoras de una ciudad y de su ambiente. Si Valladolid, para los hombres de dentro y para los hombres de fuera, es la ciudad donde nació Felipe II, la ciudad de la portada de San Pablo, del Campo Grande, de las finas torres de la Antigua y de San Martín, de las nieblas invernales o de los resacos calores agosteños, Valladolid es sobre todo, para los indígenas y para los foráneos, la ciudad donde se celebra una de las Semanas Santas más hermosas de España, dentro del cauce riguroso de la tradición y de la liturgia.

Pero nosotros, los espectadores, nos encontramos de buenas a primeras con el gran Auto Sacramental de la Semana Santa, espléndidamente organizado, sin detenernos a pensar en lo que cuesta una organización de esta categoría, en los sacrificios, y desvelos sin cuento que supone poner en marcha todos los años este grandioso desfile de imágenes y cofradías, que se transformará en desfiles de emociones para la multitud que se apiña en las calles, en verdadero olor de comunidad cristiana. Llega la Semana Santa y se pasa la Semana Santa. Mas,

apenas extinguidos los últimos ecos de la última procesión, ya en la alta noche del Viernes Santo, unos hombres comienzan a pensar en la Semana Santa del próximo año. Y así permanecerán, vigilantes y entusiasmados, a lo largo de las cuatro estaciones. Para estos hombres, ordenadores y cobijeros de nuestra Semana Santa, para los hombres del Alto Patronato y de la Junta para el Fomento de nuestra Semana Mayor, sin olvidar a los directivos de todas las numerosas Cofradías, nuestro reconocimiento y nuestra felicitación. Ellos son los mantenedores de este fuego sagrado—y nunca más adecuada la frase—de nuestra Semana Santa, que en seguida inundará las calles de la ciudad y los corazones de los ciudadanos, con la riada de fervor que trae consigo la conmemoración de la Pasión y Muerte del Redentor, ajustada al sobrio estilo de la Castilla creyente.

Ya se va conociendo la Semana Santa de Valladolid, ya se habla de la Semana Santa vallisoletana, y ello en gracia a una propaganda apostólica, digna de todo elogio. Carteles, folletos, revistas, artículos de prensa, escaparates nómadas, van pregonando las excelencias de nuestra Semana Santa a lo largo y a lo ancho de la geografía española. Queremos que nos conozcan en lo más entrañable y proverbial de nuestra fisonomía, que no es propiamente nuestra fisonomía meramente urbana, sino la fisonomía de la ciudad transida de luces a lo divino, como si en ella se reflejara el rostro del Amado.

Es para mí un honor inmerecido el hacer este año el pregón de la Semana Santa de Valladolid, cuyo encargo acepté desde el primer momento como una gloria y como un cilicio; gloria y laurel de exaltar la Semana Mayor de mi patria chica, y cilicio de sometimiento a las exigencias de un trabajo superior a mis fuerzas, que procuraré superar, en la medida de mi pequeñez, para no defraudar los deseos de la incansable Junta para el

Fomento de nuestra Semana Santa, organizadora de este acto, ante quien rindo las armas de mi más sincera admiración, en la que participarán, seguramente, todos los espectadores aquí congregados, que me han concedido el favor de escucharme.



LA emoción de la Semana Santa nos va llegando poco a poco. Un buen día, cuando todavía la ciudad tiene color de invierno, alguien deja caer en la conversación unas frases sobre la próxima Semana Santa. La presencia de las cigüeñas, el nacimiento de las violetas, las minúsculas flores de los almendros, constituyen pequeños y deliciosos anuncios de la primavera de la naturaleza y de la primavera del espíritu, la inefable primavera de la Semana Santa. Toda la ciudad va rindiendo sus perfiles a los cultos cuaresmales, y ya la luz de las tardes largas va descubriendo penumbras en iglesias antiguas y en rincones conventuales, donde se veneran las más populares imágenes de Cristos y Dolorosas, que pronto saldrán al aire de la calle, para pasear su elocuencia bajo los cielos dorados del atardecer. Es el momento de la llamada ciudad vieja, con sus callecitas estrechas y sus torres históricas, sus plazuelas recogidas y sus palacios dormidos, que se dispone a servir de marco a los maravillosos desfiles procesionales. En la calle de Platerías, en la Plaza de San Pablo, entre las casucas de la calle de San Martín o a lo largo de la de Macías Picavea—antigua de Cantarranas—se siente la ciudad con todo su peso de siglos y volumen de historia. Va cayendo la tarde, y por las calles que dan al río, calles que nos placen llamar de los crepúsculos, penetra el olor de las praderas húmedas, de los trigos verdes.

Perfume de campo libre, sin obstáculos de montañas ni amortiguadores de frondas, de acuerdo con la luz, ancha luz de Castilla que tensa la mirada y nos permite descubrir, en todo su puntillismo, los objetos más distantes y las lejanías más remotas. La luz se descompone en infinitos tonos, desde el oro fuerte hasta el gris azulenco, pasando por el rosa tierno y el malva desmayado.

¡Cuántos nombres, en la ciudad, nos evocan los siglos de los gremios! La ciudad aparecía entonces cuadrículada en relación con los distintos oficios, y un sentido familiar penetraba en la organización del trabajo, donde la jerarquía, con sus diversos grados, constituía una serie de escalones que había que salvar para alcanzar la obra maestra. ¿Nos imaginamos el encanto que tendrían estas calles de Valladolid, cuando en los talleres de los grandes imagineros se tallaban los Cristos y las Vírgenes que hoy veneramos, ya recubiertos por la pátina del tiempo?

Y de pronto empiezan a sonar las campanas para perpetuar en sus bronces la auténtica sensibilidad de la ciudad. Es la hora de las torres, de las veletas, de la vida alta del espíritu, ciñéndose a la ciudad para que ésta acuse hasta el más imperceptible latido de su pulso. El escenario está dispuesto. En esta ciudad, con este ambiente, vamos a presenciar las procesiones de Semana Santa. Escojamos un buen balcón y abrámoslo de par en par.

Siquisiéramos definir con dos palabras el Domingo de Ramos en Valladolid, bastaría con que dijéramos: niños y palmas; es decir, ternura y gracia; ternura de la infancia que desfila entonando himnos de triunfo, y gracia de las palmas que se mecen y se ondulan al compás del vientecillo mañanero. Vamos a

recibir al Rey de Reyes, al Maestro por excelencia y por antonomasia, que no llega en litera lujosa ni en carroza cortesana, sino en un manso pollino, análogo al que emplean nuestros buenos hombres del «picón de encina.» Los niños de Valladolid se movilizan este día para caminar con ramos y palmas en torno a «Jesús en la Borriquilla», el único «paso» de esta procesión, un «paso» sencillo, sin grandes pretensiones artísticas, a la manera de una de esas figuras de barro que aparecen, allá por diciembre en los «belenes» de la Plaza Mayor. La procesión—blancura, oro y verde—discurre lentamente por las calles gloriosas del Domingo de Ramos. Es emocionante ver a tantos niños juntos, con sus limpios trajes de fiesta, entonando el «Gloria al Hijo de David.» Niños de las escuelas públicas, con sus modestos trajecillos recién planchados y, a su vera, los maestros que, en este día, son padres sobre todo. Colegialas con uniforme negro, banda de seda azul y velo blanco—medio novicias, medio novias—como vírgenes de Fray Angélico. Es la emoción inefable de la infancia que alza sus corazones al aire de la mañana jubilosa. Son los niños, en derredor de la figura de Jesús, que parece ir diciendo desde su negra borriquilla: «Dejad que los niños se acerquen a Mí.» Y pensamos entonces en todos los niños del mundo, en los tristes niños de la Europa en ruinas, en los niños pálidos que perdieron a sus padres en un bombardeo, en los niños que han llegado a España con hambre de sol y de naranjas, amparados en esta gentilísima hospitalidad española, que no se olvida nunca de cumplir el mandato evangélico: «Amaos los unos a los otros.» Se aleja la procesión de la «Borriquilla»: niños y palmas, ternura y gracia. Y presidiendo este oleaje de blancura, alegría e inocencia, la figura paternal del señor Arzobispo, que reparte bendiciones, con mano violeta, a un lado y a otro de la calle primaveral del Domingo de Ramos.

H

AGA el visitante de nuestra Semana Santa un hueco en su programa para recorrer las salas del Museo Nacional de Escultura Religiosa, el mejor del mundo. Tres nombres cumbres en el Museo: Berruguete, Gregorio Fernández, Juan de Juni. Si Berruguete es el arte renacentista y refinado, con oros de amanecer y esguinces de viento cortante; Juan de Juni es la gran orquesta, el vendaval, la agitación de paños, el incendio hecho flores de angustia. Pero quizá el imaginero más devoto y popular al mismo tiempo, es Gregorio Fernández, cuyas esculturas invitan directamente a la oración, con sus semblantes dolorosamente apacibles, sus palideces de lirio, sus ojos llorosos y sus miembros ensangrentados. Los Cristos Yacentes de Gregorio Fernández, el imaginero de la fe, tienen mucho de atardeceres de Castilla; atardeceres dolientes y morados, con chispas de oro viejo, ante los cuales el alma permanece absorta, presintiendo la alborada sin fin del Más Allá. Si Berruguete es el soneto y Juan de Juni, la octava real, Gregorio Fernández es el romance, nuestro romance de ocho sílabas, senda de caminante y ruta de peregrino. Yo diría que este Museo, con sus salas claras y sus luces frescas, es el gran barco de Castilla, como navíos son también los colosales «pasos» que en él se guardan. Luz de barco, claridad de barco, y los mástiles de las cruces, como símbolos inconfundibles de la navegación hacia lo alto.



SE ha logrado en la Semana Santa de Valladolid que cada día tenga su fervorosa manifestación al aire libre, sin olvidar ese fondo de música sacra que servirá de magnífica ambientación espiritual. Calvario del barrio de las Delicias, la procesión del «Encuentro», al atardecer del Martes Santo, Vía Crucis procesional al filo del crepúsculo del miércoles. Parece que ya en el ocaso del Miércoles Santo, la ciudad cierra la tienda de sus ocupaciones, en un fin de semana sabrosísimo, disponiéndose a gozar morosamente de los grandiosos desfiles procesionales. Que la Semana Santa de Valladolid significa el estar más cerca los unos de los otros —padres e hijos, amigos y amigos, conocidos de siempre y conocidos de ahora—, pero sin salir de nosotros mismos, sino permaneciendo más dentro de nosotros, más en nuestra mismidad, que en otras circunstancias de esta navegación por el río del tiempo. Ahora, la ciudad es más ciudad que nunca, las familias más familias, los ciudadanos más ciudadanos. No transcurre la vida con la prisa de los días ordinarios, sino con la solemne lentitud que requieren las procesiones. Diríase que la ciudad se pasa todo el año en espera de estos momentos, que nos llegan sahumados de siglos, como si en estos momentos la ciudad alcanzase el doctorado de su plenitud esencial. Ciudad, la de Semana Santa, mejor vestida, más sensibilizada, más comprensiva, más culta.

Pero ya se ha puesto en marcha el Vía Crucis procesional. Las Cofradías hacen guardia en cada estación, esperando el paso del cortejo, en el que figuran el Nazareno de la iglesia penitencial de Jesús y un Cristo del mismo templo, de finales del siglo xvii. De la iglesia de la

Cruz sale a recibir estas imágenes la Piedad de Gregorio Fernández, una de las más hermosamente patéticas Dolorosas de la imaginería castellana. Se encienden bengalas, que hacen con la piedra juegos de seda y de agua, es entonada la Salve popular, el pueblo se estremece mirando a lo alto. Al final de la procesión, ya al pie de la iglesia de las Angustias—sereno pórtico de dibujo lineal—la Dolorosa de Juan de Juní, la Virgen de los Cuchillos, se nos presenta resplandeciente, con su mano sobre el pecho, como queriendo recoger para ella todos los sufrimientos de la humanidad, y su cabeza, levemente inclinada hacia el lado izquierdo, pero al mismo tiempo desmayada hacia atrás, para que las estrellas se reflejen en sus lágrimas. Otra vez las bengalas y la fantasmagoría del aire tembloroso. Y otra vez la Salve popular. ¡Qué dulcemente escalofrantes estas entradas de la Virgen de los Cuchillos en su templo, de cara a la muchedumbre, mientras suena el Himno Nacional! Mas la despedida de esta noche, noche del Miércoles Santo, no es un adiós, sino un hasta luego, porque mañana, Jueves Santo, volveremos a encontrarnos con esta imagen, en su dorado camarín, cuando hagamos el recorrido de las estaciones.

Y

A es el Jueves Santo. Se ha interrumpido la circulación rodada, y en este silencio del Jueves Santo advertimos claramente el pulso de la tradición. Iremos descubriendo por calles apartadas, conventos de clausura, capillas pequeñas, templos con reliquias. Nos impresiona la pobreza de esta iglesia, la obscuridad de aquel claustro, el frío húmedo de aquel convento. Y en cada iglesia, su perfume característico. Tal vez son los siglos los que dan el perfume. Es el

tiempo casi parado y, por lo tanto, limitando ya con la eternidad. Hemos visitado la Catedral, con sus alfombras de esparto y sus cortinas rojas tras el Monumento; las Angustias, con los «pasos» que han de salir en la procesión del Santo Entierro; la Cruz y San Martín, con sus Dolorosas dulces y maternas; Santa Ana, San Miguel y Santa Catalina, con sus Cristos yacentes. Y los colegios de monjas, vacíos ese día de voces claras, pero en los que hay un eco de muchas notas de pianos.

Procesión de la Piedad y de la Caridad, al caer la tarde del Jueves Santo. Hileras de chopos a lo largo del camino del cementerio, e hileras de médicos y abogados que van a llevar consuelo a los que permanecen en la cárcel o sufren en el Hospital. Y el «Perdón, oh Dios mío» se ensancha como un suspiro de esperanza, cabe los árboles de la carretera y el árbol de la Cruz.

DÍA de Viernes Santo, cuyas calles no son para el vehículo, sino para el viandante y para las figuras de la Pasión. Pregón del sermón de las Siete Palabras, que será predicado en la Plaza Mayor al mediodía. He aquí un cuadro del Siglo de Oro, espléndido de color y de sobriedad castellana, en el que se concentra toda la fervorosa emoción de la ciudad a las doce del Viernes Santo. Sobre los paños negros, la imagen de Cristo en la Cruz, entre las imágenes de los dos Ladrones. Hacen cuadro las cofradías — hábitos blancos, azules, negros, encarnados, violeta—, y la muchedumbre llena el amplio espacio de la Plaza Mayor, ya con las acacias verdes de hojas. Y la voz del ministro del Señor nos va recordando las palabras que Cristo pronunciase antes de expirar. En las pausas, cánticos y

oraciones. Y acá y allá, la breve paloma de un pañuelo que recoge lágrimas de emocionada contrición.

En el silencio dorado de la tarde, sale la procesión de la Hermandad de Docentes del Palacio de Santa Cruz, en cuya capilla se rinde culto a la preciosa imagen del Cristo de la Luz, de Gregorio Fernández. Ya en la Catedral, el Cristo de la Luz—único «paso» de esta procesión—es colocado bajo el crucero. «Pópule meus», «Amante Jesús mío», meditación y plegaria. Son las tres de la tarde — hora en que murió el Redentor del mundo—y tres campanadas subrayan el momento.



LA procesión del Santo Entierro es la culminación maravillosa de la Semana Santa de Valladolid.

En este magno desfile procesional podemos repasar, paso a paso, toda la historia de la Pasión y Muerte del Crucificado, desde la Oración del Huerto hasta la Soledad de María. El pueblo, en su acepción más noble, conoce todas y cada una de las imágenes que forman en esta procesión, verdadera lección de apostolado a la intemperie. Piquete de la Guardia Civil, con los espadines como espigas, y el ritmo de los tambores y de las trompetas. Van pasando los «pasos» como altares portátiles, altares nómadas, altares peregrinos, y van desfilando los cofrades dando guardia a las imágenes. El «Reventón», «La Quinta Angustia», el Yacente de Santa Ana..., la Dolorosa de los Cuchillos. Tiene esta gran procesión mucho bosque en movimiento, de jardín que camina, de río que pasa. Pero con el río de la procesión marchan también los chopos de los encapuchados, arrastrados por los velámenes de estas embarcaciones de fe que son los «pasos». Diríase un desfile de personas

conocidas, de buenos y entrañables amigos que todos los años nos visitan, invitándonos a participar en su emoción divina, hecha escultura religiosa en la madera que antes fué pinar y ahora es ya representación del más sublime Drama de la humanidad. En los semblantes de estas tallas se fueron posando, año tras año, las miradas de las generaciones, para recubrirlas con ese flúido de intimidad que concede a las cosas, en este caso divinizadas, la categoría del amor.

A medida que van desfilando los «pasos» experimentamos el gozo del encuentro y el dolor de la huída, la alegría de volver a ver y la nostalgia del adiós. Así, hasta el final de la procesión, rubricada con la presencia de ese hogar trashumante, ascua estrellada de silenciosos suspiros, que es la imagen de la Virgen de las Angustias, castillo de la devoción vallisoletana, con ceñida barbacoana de muchas súplicas y de muchos secretos filiales. Todavía volveremos a contemplar esta imagen en la noche del Viernes Santo, ya desnuda de joyas, acompañada por la congregación de todas las mujeres de Valladolid, que quieren ser las últimas en rendir homenaje a la Señora, desarmando hasta donde sea posible la justicia de su Hijo, con terca insistencia de plegarias y llanto, para que prevalezca la dulzura de la misericordia y el beso del perdón.

VALLADOLID, la ciudad de Castilla que hace los hombres y les gasta, que realiza las empresas y permanece muda, ha conseguido un modo singular en la celebración de su Semana Mayor. No pretendamos establecer comparaciones ni pregonar diferencias. Digamos, simplemente, que los desfiles pro-

cesionales de Valladolid, durante los días conmemorativos de la Pasión y Muerte del Redentor, han encontrado el justo cauce litúrgico, sin concesiones a nada que no sea rigurosamente fervoroso y ritual. Toda la ciudad, colmada hasta los bordes, se incorpora a estas solemnidades en comunidad de pueblo fiel. Se ha dicho, y con razón, que las calles se convierten en templo, porque los ciudadanos, sin dejar de serlo, son, sobre todo, creyentes que rezan, mientras las imágenes de nuestros divinizados de pinos discurren a lo largo de la calzada, entre la guardia de honor de los cofrades penitentes. Ni una nota desentonada, ni una fuga a lo que pudiera ser colorismo o tipicidad. Todo enmarcado en la tranquila seriedad de un ambiente religioso, popular y místico, que desconoce el grito sentimental, la actitud romántica, la saeta... Canto gregoriano, el suspiro de la Salve, el lento redoble de los tambores que sirve para marcar el ritmo del cortejo. Valladolid, la ciudad de las promesas del Corazón de Jesús, no podía celebrar con menos fervor y esplendidez su Semana Santa.

Mas todo lo que podamos decir en torno a nuestra Semana Mayor, no será sino un pálido reflejo de la realidad. Apáguese la voz del pregonero, y dispongámonos a vivir intensamente la Semana Santa que se avecina, otra Semana Santa de Valladolid, en paz y en gracia de Dios, corazón con corazón, y todos los corazones en torno a Cristo Crucificado o, mejor, dentro del Corazón de Cristo, que tantas dilecciones viene manifestando por esta ciudad, en cuyas calles, ya tocadas de amable primavera, va a florecer la primavera del Calvario, entre llantos de Dolorosas y árboles de Cruces.

Valladolid, 6 abril, 1949

LAUS DEO

Francisco J. Martín Abril



